EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 12397

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración Mayor, 24

LUNES 2 DE MARZO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Hasta otro año

Decididamente se ha ido el carnaval. Sus últimos representantes han arrojado la careta á la hora en que rompe por el Oriente la alborada. Con los primeros trabajadores que se echan á la calle en demanda del sitio donde han de rendir la diaria faena, se han cruzado las últimas mascaras.

Bien se ha divertido la gente. Se trataba del último baile y había que aprovecharlo. Se presentaba la ocasión de pasar unas horas á gusto, y no había que desperdiciar un momento.

Así como así, ya no habrá más fiestas de ese género hasta el año que viene, que volverá Momo, seguido de la turba de locos ridículos que forman su cortejo; y quién sabe lo que puede ocurrir en ese plazo. Hasta puede suceder que sea suprimido el carnaval. Como fueran poder los amigos de los concejales pamploneses que han hecho dimisión por cuestión de antifaces, ¡adios caretas y adiós bailes de mascaras! Cualquier día iban á permitir esos señores que la gente se echara á la calle con la indumentaria de Fausto ó el mefistofélico disfraz.

Y es raro, porque esas diversiones que ponen tirantes los nervios á los concejales de Pamplona, no son de ayer mañana. Ya las había cuando el hermano de Fernando séptimo se echó al campo contra su sobrina, marcando a su prole el camino á seguir para ver de llegar al palacio de la plaza de Oriente. Precisamente hace un momento nos hemos enterado de un edicto en que el corregidor de Cádiz dictaba reglas para los bailes de mascaras que se habían de celebrar en el teatro de Cadiz en 1770, bastante antes que dimitieran los concejales pamploneses por que se permite que bailen mascaras en el teatro del Ayuntamiento de Pamplona.

Había entonces más orden, eso sí. La autoridad se metía en todo, hasta en los charcos.

Aquí se situarán los coches viene a decir el documento; la gente entrará por este lado y saldra por el otro; los grupos de curiosos estacionados en la puerta guardaran compostura y hablaran en voz baja para que cada lacayo oiga la voz de su señor cuando lo llame; habra en el local tantos retretes para las señoras y uno para los caballeros; se comenzará la fiesta por tal baile y se seguirá por este otro, colocandose las parejas en tal forma; tal disfraz valdra tanto de alquiler y tal refresco ó artículo de comer no podrá exceder de la tarifa señalada.

En aquellos tiempos se hacía todo con permiso de la autoridad y ajustado a patrón; pero la gente se divertía como ahora, concurría á los bailes de máscaras y celebraba el de piñata con gran regocijo, ni más ni menos que como ahora se celebra.

Hay que hacer un distingo:

Si se hubiese atrevido á concurrir á aquellos bailes un hombre en traje de mujer, hubiera dormido en la carcel. Estaba prohibido y se perseguía con todo rigor.

Por lo demás ¿por qué no se ha de echar una cana al aire cuando se presenta la ocasión? ¿Y qué ocasión más oportuna que cuando llega el Carnaval?

No ha de ser todo pensar en nuestras desventuras, ni hablar de la sangría suelta que el fisco nos saca para darnos unos servicios de á ochavo, ni poner carne de gallina ante la baraja de crímenes que salta á cada instante, ni hablar de la inseguridad de los caminos, del atraco del día ó del robo nocturno. Eso es lo normal y ya casi lo miramos con indiferencia.

Por eso cuando surge una anormalidad, como esta de la visita de Momo, se apura la colilla. Tanto se ha apurado, que las últimas mascaras se han cruzado con los primeros obreros que iban á trabajar.

SE DAN CASOS

Robó dos duros Pascual
á un opulento banquero,
y un proceso criminal
hizo caer al ratero
bajo el Código Penal.

—

Robó Carlos al Estado
una porción de millones,
pero le absolvió el Jurado
y gozó de sus doblones
sin penas y sin cuidado.

—

. . . . . .

Hoy Carlos su dicha enfrena
y es título y millonario:
Pascual sufre su condena
y arrastra del presidiario
la miserable cadena.

Narciso Díaz de Escovar.

LOS CABALLEROS TIGRES

Un solo tigre ha matado en la India inglesa en el espacio de tres años, según se expresa una revista de «casos y cosas», la friolera de ¡ciento ocho personas!, ó sea treinta y seis por año, ó una cada diez días; y calculando por kilogramos (á razón de 70, término medio por persona), una ración diaria de carne humana de siete kilos.

¡Ya es devorar! Es de suponer que esas fieras que tal predilección muestran por la carne bípeda, y por aquello de que en la variedad está el gusto, matarán también, aun cuando ello sea por distracción, alguno que otro de esos pobres animalitos que vagan por los campos, y en ese caso puede suponerse el banquete que se dan los caballeros tigres.

Pero en fin, las fieras están en su papel dedicándose á ese «sport»; pero ¿qué me dicen ustedes de los tigres de frac y corbata blanca que se estilan en nuestras latitudes, y que si no matan, devoran, que viene á ser lo mismo, millares de víctimas por hora y por minuto?

Esos organizadores de «trust» usurarios, esos implacables negociantes que brillan en el gran mundo, que dán fiestas suntuosas, habitan espléndidos palacios y viven fastuosamente, explotadores de miserias, ¿qué son sino verdaderas fieras que olfatean la carne y tienen la zarpa siempre en el aire, dispuesta á caer sobre los infelices incautos al más leve descuido?

Habría que ver sus libros talonarios, sus balances de caja, sus cuentas corrientes, para poder determinar con toda precisión y exactitud el número de personas que cada uno de ellos sacrifica con la complicidad de los Códigos para entretener la insaciable voracidad de su bolsa.

Y esas fieras humanas duermen sin aprensión, se codean con las gentes, se exhiben y relacionan con la buena sociedad, sin que nadie se espante; antes al contrario, recibiendo el homenaje de chicos y grandes, altos y bajos, soberbios y humildes.

En la India inglesa, como en todos los sitios donde haya tigres, como el de que habla la supradicha Revista, las gentes pueden precaverse de la fiera, en cuanto la ven, hacer algo para escapar á su esfera de acción; pero en la humana sociedad, donde tanto abundan los tigres del dinero, ocurre todo lo contrario; es á saber, que las víctimas buscan á la fiera, la adulan, la sirven, la hacen la rueda, la excitan el apetito y ensalzan, en una palabra, como á Nerón en el Circo, ó al Shah en el harem persa.

«Poderoso caballero es D. Dinero», dijo el gran zambón de la Corte don Felipe IV, y filosofías aparte, lo cierto es que, á pesar de las revoluciones, de los cataclismos de todo género, sociales, políticos, económicos y religiosos, el becerro de oro sigue sobre su pedestal, recibiendo la adoración y el homenaje individual colectivo de los humanos.

Por rendir culto al tal becerro, los tigres del gran mundo dejan tamañitos á los auténticos; y siempre escudados en leyes que ellos hacen, en asambleas que ellos dirigen, en exclusivismos y monopolios que ellos explotan, bajan de su augusto pedestal, que los había hecho á imagen y semejanza de Dios, y se convierten en inmundas alimañas, en sanguinarias fieras, en implacables y horribles monstruos de ferocidad inaudita, sin patria, sin ley, sin sentimientos, sin corazón, sin piedad, sordos y ciegos para el bien, despiertos y rápidos para el mal.

Como la fiera sedienta de sangre, saltan sobre los débiles, ya sean naciones como España, el Transvaal, ó Turquía y Portugal; ya sean individuos aislados, sacrificándolos inicuamente, bebiendo su sangre, dejando por donde pasan huellas indelebles y nauseabundas de su poder, de su grandeza, de su omnipotencia, que aplasta, aniquila y destruye.

Salvo la forma, que es algo más artística, el fondo de las civilizaciones modernas discrepa poco del de las antiguas. Ya no tenemos el «spoliarium», donde se amontonaban las piltrafas abandonadas en el circo por las fieras; pero tenemos las leyes que autorizan la usura, el desahucio, la quiebra fraudulenta, el timo en gran escala, donde se recogen y van á parar las pingües de los mártires del deber, de los débiles que sucumben entre el estruendo de los éxitos otorgados únicamente á los que adoran el becerro de oro, y aquellos otros que, como dice el chiste:

«Nunca á Dios llamaba bueno
hasta después de comer.»

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Diferencia en los planetas

Leemos un ingenioso medio de recordar

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.ª

H

Piotr Ivanovitch, mientras encendía el cigarro, la oía preguntar el precio de los diversos terrenos y escoger el que le convenía. Luego dió las órdenes para el coro, y Sokolov se retiró.

—Todo lo dispongo por mí misma—dijo ella apartando á un lado los álbums de que estaba llena la mesa.

Y observando que la ceniza del cigarro iba á caer sobre aquella, empujó rápidamente el cenicero hacia Piotr Ivanovitch, y le dijo:

—Me parece una hipocresía decir que el dolor me cuando hubo reconocido á Piotr Ivanovitch, lanzó un suspiro, se acercó á él, le cogió la mano, y le dijo:

—Sé que era V. verdadero amigo de Ivan Ilitch.

Y le miraba aguardando una respuesta de circunstancias.

Piotr Ivanovitch sabía que así como antes convenía persignarse, así ahora había que estrechar la mano, suspirar y murmurar: «Puede V. creerlo.» Y así lo hizó. Cumplido este programa, conoció que se había logrado el resultado apetecido: él estaba conmovido y ella conmovida.

—Venga V.—dijo la señora.—Antes que empiece esto tengo que hablarle. Deme V. el brazo.

Piotr Ivanovitch obedeció. Encamináronse á las habitaciones del interior, y pasaron rozando con Schwarts que, con aspecto compungido, guiñó el ojo á su amigo.

«Al whiste le llevó la trampa; pero no se apesadumbre V.; ya encontraremos lord que haga la partida; quizá la hagamos de cinco cuando haya V. terminado», parecía decir su mirada jovial.

Piotr Ivanovitch lanzó un suspiro más profundo y y más triste aún que el de un momento antes, y Praskovia Fedorovna escrechó su brazo en señal de agradecimiento.

Entraron en la sala, de paredes cubiertas con cretona color de rosa y débilmente iluminada por una